



---

## EL RELOJ DE RAJOY

---

Su trayectoria está construida sobre la paciencia y el aguante, pero ahora los tiempos ya no son sólo suyos

**N**O tiene cien días de gracia; ni uno solo. Para un hombre que ha hecho de la parsimonia un estilo debe de resultar descorazonador haber alcanzado el triunfo en circunstancias tan perentorias que no admiten una administración estratégica de los tiempos. Aun así, Rajoy ha conseguido imponer su lógica de la serenidad en la urgente agitación del traspaso de poderes sin dejarse apremiar con prisas artificiales. Pero ya se ha acabado la transición y le toca gobernar con un *timing* de vértigo que él mismo se ha impuesto en la investidura para arrancar el motor gripado del país mediante medidas de choque. La de ayer fue su última tarde de sosiego, quizá la única en la que haya podido disfrutar de la mística del poder eligiendo a los miembros de su Gabinete. A partir de ahora sólo le queda la soledad de las responsabilidades; ésa que proporciona la conciencia de saber que el suyo es el último teléfono que suena.

Toda la trayectoria del nuevo presidente está construida sobre la virtud de la resistencia. Como suele decir Carlos Herrera, este hombre aguanta más que la sábana de abajo. Su carrera política era la de un profesional del Estado, un *hombre para todo* que fue ministro cinco veces y nunca tuvo la cartera de Justicia que por vocación familiar había soñado. Señalado por el dedo de Aznar iba a llegar al poder por herencia, como una inercia natural de su condición de servidor público, pero se le cruzaron los trenes de la fatalidad y le dejaron cara de perdedor, estigma de *loser*. Ha tardado ocho años en sacudírsele, rodeado de reticencias y deserciones, a base de obstinación y calma; el suyo no es el triunfo de un demiurgo ni de un seductor carismático sino el de un aspirante tenaz, un esforzado opositor de largo recorrido. Y ha querido el destino que nada más llegar vaya a suspender las oposiciones de funcionarios.

La rotunda mayoría absoluta ha disipado la concesión displicente de aquellos críticos que solían decir que apuntaba mejores condiciones de presidente que de candidato. En el debate de investidura se le ha visto cómodo, maduro, sensato; no ha prometido la luna ni se ha enredado en iluminaciones ideológicas. Ese estilo pragmático y sin estridencias resulta esperanzador en un país quebrado por las consecuencias de fantasmagorías pretenciosas y ensoñaciones irredentas. Su irremediable punto débil sigue siendo la falta de empatía para comunicar, pero no la va a necesitar si continúa mostrándose sincero y honesto. La gente no lo ha elegido para que venda milongas sino para que saque a España de un aprieto histórico. Este descalzaperros no se arregla con *marketing*, sino con eficacia.

Por eso lo único que le van a valer son los resultados. Y para obtenerlos tiene plazos tasados que no marca el reloj de plástico azul que llevaba en su día más señero. Las agujas del reloj del éxito ya no van a girar sólo al compás de su paciencia.